

Veinte jóvenes de los más ardientes irían a emboscarse en una callejuela que da al muelle de la Ferraille y hacer fuego sobre Luis Felipe cuando se dirigiera del palacio real al Hôtel de Ville. Pero pudo detenerseles, haciéndoles presente que matarían al mismo tiempo a Laffitte, a Pajol y a Benjamín Constant. Por último, se quería robar al duque de Orleans y embarcarlo en Cherburgo. ¡Extraño encuentro el de Carlos X y Luis Felipe, si se hubieran vuelto a hallar en el mismo puerto y sobre un mismo navío, despachado el uno a las playas extranjeras por los ciudadanos, y el otro por los republicanos!

Habiendo adoptado Luis Felipe el partido de ir a hacer confirmar su título por los tribunos del Hôtel de Ville, bajó al palacio real, rodeado de ochenta y nueve diputados, unos con gorras, con sombreros redondos otros, de frac éstos, de levita aquéllos. El candidato real montaba un caballo blanco, seguido de Benjamín Constant en una silla de manos, llevada por dos saboyanos. Los señores Mechin y Viennet, cubiertos de sudor y de polvo, marchaban entre el caballo blanco del monarca futuro y la silla del diputado gotoso, disputando con los dos mozos de cordel para que guardasen las distancias de ordenanza. Un tambor medio ebrio tocaba marcha a la cabeza de la comitiva. Cuatro alguaciles servían de liectores. Los diputados más celosos gritaban: ¡viva el duque de Orleans! En las inmediaciones del palacio real estos gritos fueron un poco correspondidos; pero a medida que se avanzaba hacia el Hôtel de Ville, los espectadores se burlaban del acompañamiento o guardaban silencio. El duque de Orleans se deshacía en cumplimientos desde su caballo de triunfo, poniéndose bajo el escudo del señor de Laffitte, de quien, en el tránsito, obtuvo algunas palabras de protección. Sonreía al general Gerard; hacía señales de inteligencia al señor Viennet y al señor Mechin; mendigaba la corona, pidiéndola al pueblo con su sombrero adornado de una cinta tricolor, y alargando la mano para que se la diesen. La monarquía ambulante llegó a la plaza de Grève, y allí fué saludada con gritos de ¡viva la República!

Cuando la real materia electoral penetró en el Hôtel de Ville, el postulante fué recibido con murmullos mucho más amenazadores: algunos diputados celo-

sos que proclamaban su nombre fueron maltratados. Entró en la sala del trono, donde se agrupaban los heridos y los combatientes de los tres días, y una exclamación general: ¡No más Borbones! ¡Viva La Fayette!, hizo conmovér las bóvedas de la sala. El príncipe se mostró turbado. El señor Viennet leyó en alta voz, por el señor de Laffitte, la declaración de los diputados, siendo escuchada con un profundo silencio. El duque de Orleans pronunció algunas frases de adhesión. Entonces el señor Dubourg dijo bruscamente a Luis Felipe: «Acabáis de contraer grandes compromisos. Si alguna vez llegáis a faltar a ellos, somos gentes capaces de recordároslos.» El futuro rey contestó conmovido: «Caballero, yo soy hombre honrado.» El señor de La Fayette, viendo la incertidumbre de la asamblea, pensó súbitamente en abdicar la presidencia: dió al duque de Orleans una bandera tricolor; se adelantó hacia el Hôtel de Ville, abrazando al príncipe a los ojos de la multitud sorprendida, mientras que éste agitaba la bandera nacional. El beso republicano de La Fayette hizo un rey.

Y después, la litera de Benjamín Constant y el caballo blanco de Luis Felipe volvieron medio silbados y medio bendecidos, de la fábrica política de la Grève al palacio Marchand. «Aquel mismo día — dice también Luis Blanc (31 de julio)—, no lejos del Hôtel de Ville, una barca, colocada en lo hondo de la Morgue, recibía los cadáveres conducidos en angarillas. Estos cadáveres se amontonaban unos sobre otros, cubriéndolos con paja, operación que contemplaba en silencio la multitud, reunida a lo largo de los malecones del Sena.»

Felipe no había llegado todavía a la última de sus pruebas; tenía aún que estrechar muchas manos, que recibir muchos cumplimientos, que enviar muchos besos, que saludar muy rendidamente a los transeuntes, y que ir muchas veces a cantar la *Marsellesa* al balcón de las Tullerías.

El 31 por la mañana se reunió un cierto número de republicanos en la redacción de *El Nacional*. Al saber que se había nombrado al duque de Orleans lugarteniente general, quisieron conocer las opiniones del hombre que, a su pesar, estaba destinado a llegar a ser su soberano. Eran los señores Bastide, Thomas, Joubert, Cavaignac, Marchais, Degousée

y Guinard, los cuales fueron conducidos al palacio real por el señor Thiers. El príncipe dijo en esta ocasión cosas muy hermosas sobre la libertad: «No sois aún rey — replicó Bastide—, y podéis escuchar la verdad; muy pronto no os faltarán aduladores. Vuestro padre — prosiguió — es regicida como el mío, y esto os separa un poco de los demás.» Entonces hubo congratulaciones mutuas sobre el regicidio; aunque con la juiciosa observación de Felipe, de que hay cosas cuyo recuerdo debe conservarse, pero no imitarlas.

Algunos republicanos que no eran de la reunión de *El Nacional*, llegaron también hasta Luis Felipe. El señor Trelat le dijo: «El pueblo es soberano; vuestras funciones son provisionales; es preciso que el pueblo exprese su voluntad: ¿queréis consultarle? ¿Sí, o no?»

El señor Thiers, poniendo la mano sobre el hombro del señor Thomas, interrumpió este discurso peligroso: «Monseñor, ¿no es éste un elegante coronel?» «Ciertamente sí», respondió Luis Felipe. «¿Qué es lo que se dice? — exclamaron algunos—, ¿se nos toma por un rebaño que viene a venderse?» Y por todas partes se escucharon estas palabras contradictorias: «Esta es la torre de Babel. ¿Y se llama a esto un rey ciudadano? ¡La República! Gobernad, pues, con los republicanos.» Y el señor Thiers exclamó: «¡He salido con una buena embajada!»

A Enrique IV, no católico, se le hacían objeciones que no le rebajaban, y que estaban a la altura del trono: se le representaba «que San Luis no había sido canonizado en Génova, sino en Roma; que si el rey no era católico, no podría ocupar el primer lugar entre los reyes de la cristiandad; que no estaba bien que el rey rezara de una manera y su pueblo de otra; y, por último, que el monarca no podía ser consagrado en Reims, ni enterrado en Saint-Denis, si no era católico.»

¿Qué se objetaba a Felipe antes de hacerle pasar por el último escrutinio? Que no era bastante patriota.

Hoy, que la revolución está consumada, se cree ofendido si se atreven recordarle lo que pasó en el punto de partida; se teme disminuir la solidez de la posición que ha tomado, y cualquiera que no encuentre en el origen del hecho la gravedad del hecho consumado, es un detractor.

Cuando bajaba una paloma a llevar a Clovis el óleo santo; cuando los reyes de larga cabellera eran levantados sobre un pavés; cuando San Luis temblaba por su juventud prematura, y pronunciaba en su consagración el juramento de no emplear su autoridad más que en el servicio de la mayor gloria de Dios y del bien de su pueblo; cuando Enrique IV, después de entrar en París, fué a prosternarse a la iglesia de Nuestra Señora; cuando se vió o se creyó ver a su derecha un hermoso niño que le defendía, y al cual tomaron por su ángel guardián, concibo que la diadema fuese sagrada; el oriflama coronaba los tabernáculos del cielo. Pero después que un soberano, con los cabellos cortados y las manos atadas a la espalda ha encorvado su cabeza en una plaza pública bajo la cuchilla, al sonido del tambor; después que otro soberano ha ido, rodeado del populacho, a mendigar votos para su elección, al ruido del mismo tambor, sobre otra plaza pública, ¿quién puede sentir la menor ilusión hacia la corona? ¿Quién cree que el trono, herido y mancillado, puede imponer aún al mundo? ¿Qué hombre, que sienta latir un poco su corazón, aceptaría el poder en el cáliz de afrenta y disgusto que, sin provocar, ha vaciado Felipe de un solo sorbo? La monarquía europea habría podido continuar su vida si se hubiese conservado la monarquía madre, hija de un santo y de un grande hombre; pero se han esparcido las simientes, y no volverá a renacer.

EL REY DEJA A SAINT-CLOUD. — LLEGADA DE MADAMA LA DELFINA A TRIANÓN. — EL CUERPO DIPLOMÁTICO. — RAMBOUILLET. — APERTURA DE LA LEGISLATURA EL 3 DE AGOSTO.—CARTA DE CARLOS X AL DUQUE DE ORLEANS.

Acabáis de ver el reinado de la Grève avanzar, humeante de pólvora y sin aliento, bajo la bandera tricolor, en medio de sus insolentes amigos; vais a ver al reinado de Reims retirarse a pasos medidos en medio de sus limosneros y de sus guardias, caminando con toda la exactitud de la etiqueta, no oyendo una palabra que no fuera una palabra de respeto, y reverenciado hasta de los mismos que lo detestaban. El soldado, que tan poco lo estimaba, se hacía matar por él. La bandera blanca colocada sobre el féretro de la monarquía legítima, antes



de ser replegada para siempre, decía al viento: «Saludadme; yo estuve en Ivry; yo he visto morir a Turena; los ingleses me conocieron en Fontenoy; hice triunfar la libertad con Washington; yo he libertado a Grecia, y yo floto aún sobre las murallas de Argel.»

Al amanecer del día 31, a la misma hora precisamente en que el duque de Orleans, recién llegado a París, se disponía para la aceptación de la lugartenencia general, se presentaron en el vivac del puente de Sèvres las gentes del servicio de Saint-Cloud, anunciando que habían sido despedidas, y que el soberano había partido a las tres y media de la mañana. Los soldados se conmovieron; pero poco después se tranquilizaron a la vista del Delfín. Este se adelantaba a caballo, como para arrebatarles con una de esas palabras que llevan a los franceses a la victoria o a la muerte, se detuvo al frente de la línea, balbuceó algunas frases, y volviendo riendas, entró de nuevo en el palacio. No fué el valor lo que le faltó, sino la palabra. La miserable educación de nuestros príncipes de la rama primogénita los hacía incapaces de sufrir una contradicción, de hablar como todo el mundo, y de mezclarse a los demás hombres.

Entre tanto las alturas de Sèvres y los terrados de Bellevue se coronaban de gente del pueblo, que cambió algunos tiros con las tropas reales. El capitán que mandaba la avanzada del puente de Sèvres se pasó al enemigo, llevando el refuerzo de una pieza de artillería y parte de sus soldados a los pelotones reunidos en el camino de *Point du Jour*. Entonces convinieron los parisienses y la guardia en que no se hostilizarían hasta que se hubiese ejecutado la evacuación de Saint-Cloud y de Sèvres. En seguida comenzó el movimiento de retirada; los suizos, envueltos por los habitantes de Sèvres, bajaron sus armas a tierra; pero casi al instante fueron libertados por los lanceros, cuyo teniente coronel salió herido. Las tropas atravesaron Versailles, donde la guardia nacional daba el servicio desde el día antes con los granaderos de La Rochejaquelein, aquella con la escarapela tricolor, éstos con la escarapela blanca. La Delfina llegó de Vichy, reuniéndose con la familia real en Trianon, mansión favorita en otro tiempo de María Antonieta. Polignac se separó allí de su amo.

Se ha dicho que la Delfina era opuesta

a las ordenanzas: el único medio de juzgar bien las cosas es considerarlas en su esencia; el plebeyo querrá siempre la libertad; el príncipe se inclinará siempre al poder. No hay que hacerles de esto ni un crimen ni un mérito, está en su naturaleza. La Delfina habría podido desear que las ordenanzas hubieran aparecido en un momento más oportuno, cuando se hubiesen tomado mayores precauciones para garantizar el éxito; pero en el fondo le agradaban, y no podían menos de agradaarle. La duquesa de Berry estaba encantada de ellas. Estas dos princesas creyeron que el trono, descompaginado, se encontraba al fin libre de las trabas que el gobierno representativo pone a los pies del soberano.

Es admirable no ver en estos acontecimientos de julio al cuerpo diplomático, demasiado consultado por la corte, y que se mezclaba demasiado en nuestros asuntos.

Sólo se mencionan dos veces a los embajadores extranjeros en nuestras últimas turbulencias. Un hombre fué detenido en las barreras, y enviado al Ayuntamiento el pliego que conducía, resultó ser un despacho del señor de Lœvenhielm al rey de Suecia. El señor Baude hizo entregar este despacho a la legación sueca, sin abrirlo. Habiendo caído también en poder de los agitadores populares la correspondencia de lord Stuart, le fué remitida igualmente sin haber sido abierta, lo que se admiró mucho en Londres. Lord Stuart, como todos sus compatriotas, gustaba del desorden en la casa ajena; su diplomacia era *policta*, sus despachos *informes*. El me quería mucho cuando yo era ministro, porque le trataba sin cumplimientos, franqueándole siempre mi puerta: entraba, pues, en mi casa a todas horas, armado y vestido como un ladrón, después de haber corrido los bulevares y las casas de jóvenes alegres, a quienes pagaba muy mal, y que se vengaban repitiendo picarescamente su apellido.

Yo había concebido la diplomacia de una manera nueva: no teniendo nada que ocultar, hablaba de todo en voz alta, y habría enseñado mis despachos a cualquiera, pues no tenía ningún proyecto para la gloria de Francia que no estuviese dispuesto a llevar a cabo contra toda oposición.

Yo he dicho cien veces a sir Carlos Stuart, riéndose él y yo muy serio: «No busque camorra; si me arroja el guante,

lo recojo. Francia no le ha hecho jamás la guerra con un verdadero conocimiento de vuestra posición; por eso nos habéis batido siempre; pero no os confiéis enteramente en ello.»

Lord Stuart vió, pues, nuestras *turbulencias de julio* con cierta alegría; pero los demás miembros del cuerpo diplomático, enemigos de la causa popular, habían impelido más o menos a Carlos X a la publicación de las ordenanzas, y, sin embargo, cuando esta publicación se verificó, no hicieron nada por salvar al rey, pues si el señor Pozzo di Borgo mostró inquietud de un golpe de Estado, no fué ni por el monarca ni por el pueblo.

Dos cosas son ciertas:

Primera, que la revolución de julio atacaba los tratados de la cuádruple alianza. La Francia de los Borbones formaba parte de esta alianza, y, por lo tanto, no podían ser despojados violentamente sin que peligrase el nuevo derecho político de Europa.

Segunda, que en una monarquía las legaciones extranjeras no están acreditadas cerca del *gobierno*, sino cerca del soberano. El estricto deber de estas legaciones era, pues, reunirse a Carlos X y seguirle mientras se hallase en territorio francés.

¿No es singular que al único embajador a quien ocurrió esta idea fuera al representante de Bernadotte, de un rey que no pertenecía a las antiguas familias de soberanos? El señor de Lœvenhielm iba a arrastrar al barón de Werther a su opinión, cuando el señor Pozzo di Borgo se opuso a un paso que sus creencias le imponían como un deber y que exigía el honor.

Si el cuerpo diplomático se hubiera marchado a Saint-Cloud, habría cambiado la posición de Carlos X: los partidarios de la legitimidad habrían adquirido en la Cámara una fuerza que les faltó desde un principio; el temor de una guerra probable hubiera alarmado a la clase industrial, y la idea de conservar la paz, conservando a Enrique V, habría arrastrado al partido del vástago real una masa considerable del pueblo.

El señor Pozzo di Borgo se abstuvo de seguir a Carlos X por no comprometer su capital en la bolsa o en casa de los banqueros, y, sobre todo, por no exponer su plaza. Ha jugado al cinco por ciento sobre el cadáver de la legitimidad Capeto, cadáver que habrá de comunicar la muerte

a los demás reyes vivos. Dentro de algún tiempo tal vez, no se dejará de intentar, según costumbre, el hacer pasar esta falta irreparable de un interés personal por una combinación profunda.

Al permanecer los embajadores mucho tiempo en una corte adquieran la costumbre del país en que residen: dichosos por vivir en medio de los honores, sin ver las cosas como son en sí, temen exponer en sus despachos alguna verdad que pueda comprometer su posición. Otra cosa bien diferente es, en efecto, ser Esterhazy, Werther, Pozzo, en Viena, en Berlín y en San Petersburgo, a ser excelentes embajadores en la corte de Francia. Se ha dicho que el señor Pozzo tenía resentimientos contra Luis XVIII y Carlos X, con motivo del cordón azul y de la dignidad de par. Se fué injusto no satisfaciendo su ambición, pues había hecho a los Borbones grandes servicios en odio a su compatriota Bonaparte. Pero si en Gante decidió la cuestión del trono, al provocar la súbita partida de Luis XVIII para París, bien puede vanagloriarse de que, impidiendo al cuerpo diplomático cumplir con su deber en las jornadas de julio, contribuyó a hacer caer de la cabeza de Carlos X la corona que había ayudado a colocar de nuevo sobre la frente de su hermano.

Creo hace mucho tiempo que el cuerpo diplomático, creado en siglos sometidos a otro derecho de gentes, no está en armonía con la sociedad nueva. Los gobiernos públicos y las fáciles comunicaciones hacen que los gabinetes puedan tratar directamente entre sí, sin otra mediación que la de agentes consulares, cuyo número se debe aumentar, mejorando su suerte, porque hoy Europa es industrial. Los espías titulados, con pretensiones exorbitantes, que se mezclan en todo, atribuyéndose una importancia que de día en día van perdiendo, no sirven más que para incomodar a los gabinetes cerca de los cuales están acreditados, y para alimentar las ilusiones de sus poderdantes. Carlos X obró mal, por su parte, no invitando al cuerpo diplomático a dirigirse a Saint-Cloud; pero no hay que extrañarlo, porque lo que veía le parecía un sueño, y caminaba de sorpresa en sorpresa. Así es que ni tan sólo mandó llamar a su lado al duque de Orleans, porque, no creyéndose en peligro más que por parte de la República, nunca le vino a la imaginación el peligro de una usurpación.



Carlos X partió por la tarde para Rambouillet acompañado de las princesas y el duque de Burdeos. El nuevo papel del duque de Orleans hizo nacer en la cabeza de Carlos X las primeras ideas de abdicación. Monseñor el Delfín, siempre a retaguardia, pero sin mezclarse a los soldados, les hizo distribuir en Trianón el vino y los comestibles que quedaban.

A las ocho y cuarto se pusieron en marcha los diversos cuerpos de ejército. Allí acabó la fidelidad del 5.º de ligeros, que, en vez de seguir el movimiento, volvió a París. Su bandera fué llevada a Carlos X, quien rehusó recibirla, como había rehusado la del 50 de línea.

En las brigadas reinaba el mayor desorden, y se hallaban mezcladas las diversas armas; la caballería adelantaba a la infantería, y hacía sus altos aparte. A la media noche del 31 de julio se hizo alto en Trappes. El Delfín durmió en una casa inmediata a esta aldea.

Al día siguiente, 1.º de agosto, marchó a Rambouillet, dejando a las tropas acampadas en Trappes. A las once levantaron éstas el campo. Algunos soldados que habían ido a buscar pan a las chozas fueron asesinados.

Al llegar a Rambouillet, el ejército fué acantonado alrededor del palacio.

En la noche del 1.º al 2 de agosto, tres regimientos de caballería emprendieron el camino de sus antiguas guarniciones. Se dijo que el general Bordesouille, comandante de la caballería de la guardia, había capitulado en Versalles. El 2.º de granaderos marchó también el 2 por la mañana, después de haber enviado sus gúas a la casa real. El Delfín encontró a los granaderos desertores; éstos se formaron en batalla para hacer los honores al príncipe, y después siguieron su camino. ¡Singular mezcla de infidelidad y de atención! En esta revolución de los tres días, nadie tenía pasiones; todos obraban según la idea que se habían formado de su derecho o de su deber: conquistado el derecho o llenado el deber, no quedaba ni enemistad ni afecto; unos temían que el derecho les arrastrase demasiado lejos; los otros, que el deber excediese los límites de lo justo. Quizá no ha sucedido más que una vez, y no volverá a suceder jamás, que un pueblo se haya detenido ante su victoria, y que las tropas que habían defendido al rey, mientras pareció que quería batirse, le enviaran sus banderas antes de abandonarle. Las ordenanzas libertaron al pueblo de

su juramento: la retirada sobre el campo de batalla libertó al granadero de su bandera.

Carlos X se retiraba, los republicanos retrocedían; nada impedía, por lo tanto, a la monarquía electiva adelantarse hacia el trono. Las provincias, siempre imitadoras ciegas y esclavas de París, a cada palabra del telégrafo, o a cada bandera tricolor enarbolada en la boca de una diligencia, exclamaban: ¡viva Felipe! o ¡viva la Revolución!

Señalada la apertura de la sesión para el 3 de agosto, los pares se trasladaron a la Cámara de los Diputados: yo fui también, porque todo era aún provisional. Allí se representó el segundo acto del melodrama: el trono quedó vacío, y el antirrey se colocó a su lado. Parecía un canciller abriendo por poderes una sesión del parlamento inglés, en ausencia del soberano.

Felipe habló de la funesta necesidad en que se había visto de aceptar la lugartenencia general para salvarnos a todos; de la revisión del artículo catore de la Carta, y de la libertad que él, Luis Felipe, llevaba en el corazón, y que derramaría sobre nosotros como la paz sobre Europa. Palabrería de discursos y de constitución repetidas a cada fase de nuestra historia hacía medio siglo. Pero la agitación llegó a ser muy viva cuando el príncipe hizo esta declaración:

«Señores pares y diputados: en el momento en que las dos Cámaras estén reunidas, yo haré someter a vuestro conocimiento el acta de abdicación de S. M. el rey Carlos X. En ella también Luis Antonio de Francia, Delfín, renuncia igualmente a sus derechos. Esta acta ha sido puesta en mis manos ayer 2 de agosto a las once de la noche. He ordenado esta mañana que se deposite en el archivo de la Cámara de los Pares, y que se publique en la parte oficial de *El Monitor*.»

Por una miserable estratagema y una infame reticencia, suprimió el nombre de Enrique V, a favor del cual habían abdicado los dos reyes. Si en aquellos momentos cada francés hubiera podido ser consultado individualmente, es probable que la mayoría se hubiera pronunciado en favor de Enrique V, y hasta una parte de los republicanos lo hubieran aceptado, dándole a La Fayette por mentor.

Quedando en Francia el vástago de la legitimidad, y yendo a acabar sus días en Roma los dos reyes, no hubiera existido ninguna de las dificultades que rodean a una usurpación y que la hacen sospechosa a los diversos partidos. La adopción de la rama segunda de los Borbones no sólo era peligrosa, sino que era un contrasentido político: la nueva Francia es republicana y no quiere rey, o, al menos, no quiere un monarca de la vieja estirpe. Algunos años más, y veremos lo que es de nuestras libertades y de esa paz de que debe alegrarse el mundo. Si se ha de juzgar la conducta del nuevo personaje elegido por lo que se conoce de su carácter, es de presumir que este príncipe no creará poder conservar su trono, sino oprimiendo dentro y arrastrándose fuera.

La falta de Luis Felipe no es haber aceptado la corona (acto de ambición de que hay muchos ejemplos y que no ataca más que a una institución política); su verdadero delito es haber sido tutor infiel, despojando al niño y al huérfano, delito contra el cual no tiene bastantes maldiciones la Escritura; pero nunca la *justicia moral* (que se llama fatalidad o Providencia, y que para mí es la consecuencia inevitable del mal) ha dejado de castigar las infracciones de la *ley moral*.

Felipe y su gobierno, y todo ese orden de cosas contradictorias e imposibles, perecerá más tarde o más temprano por causas fortuitas, por complicaciones de intereses interiores y exteriores, por la apatía y la corrupción de los individuos, por la ligereza de los espíritus y la indiferencia y la alteración de los caracteres; pero cualquiera que sea la duración del régimen actual, no será nunca suficiente para que la rama de Orleans pueda echar profundas raíces.

Carlos X, al saber los progresos de la revolución, y no encontrando en su edad ni en su carácter medios para detener estos progresos, creyó poder parar el golpe asestando contra su raza abdicando con su hermano, como Felipe lo había anunciado a los diputados. El 1.º de agosto escribió una carta aprobando la apertura de la sesión, y contando con la sincera adhesión de su primo el duque de Orleans, le nombraba, por su parte, lugarteniente general del reino. Aún fué más adelante el 2, solicitando embarcarse y que se le enviasen comisionados para acompañarle y protegerle hasta Cherburgo. Napoleón tuvo también comisarios

por guardias: la primera vez a los rusos, la segunda a los franceses; pero no los había pedido.

He aquí la carta de Carlos X:

Rambouillet, 2 de agosto de 1830.

»Primo mío: Estoy profundamente apesadumbrado de los males que afligen y que pueden afligir a mi pueblo por no haber buscado un medio de prevenirlos. He tomado, por lo tanto, la resolución de abdicar la corona en favor de mi hijo el duque de Burdeos. El Delfín, que participa de estos mismos sentimientos, también renuncia la corona en favor de su sobrino.

»En vuestra calidad de lugarteniente general del reino, tendréis, pues, que hacer proclamar el advenimiento de Enrique V al trono. Por lo demás, vos tomaréis las medidas que os conciernan para arreglar la forma de gobierno durante la minoría del nuevo rey. Yo me limito a dar a conocer esta disposición, como un medio de evitar nuevos males.

»Comunicaréis mis intenciones al cuerpo diplomático, y me haréis conocer, cuanto antes, la proclamación en que mi hijo sea reconocido rey bajo el nombre de Enrique V...

»Os renuevo, primo mío, la seguridad de los sentimientos con que soy vuestro afectísimo primo,

»CARLOS.»

Si el duque de Orleans hubiese sido capaz de emoción o de remordimientos, esta firma, *vuestro afectísimo primo*, ¿no habría debido conmover su corazón? Se dudaba tan poco en Rambouillet de la eficacia de las abdicaciones, que preparaban el viaje a París del joven príncipe, y la escarapela tricolor, que debía servirle de égida, se hallaba ya formada por las manos de los más decididos partidarios de las ordenanzas. Suponed que la señora duquesa de Berry hubiese partido súbitamente con su hijo, presentándose en la Cámara de Diputados en el mismo momento en que el duque de Orleans pronunciaba el discurso de apertura; le quedaban dos probabilidades, peligrosas ambas, es cierto; pero si hubiera sucedido una catástrofe, el niño hubiera subido al cielo en vez de arrastrar una vida miserable en tierra extraña.

Mis consejos, mis votos, mis voces fueron impotentes; en vano llamé a María Carolina. «La madre de Bayardo, pronta



a dejar el castillo paterno, lloraba — dice el leal servidor—. La noble mujer salió por detrás de la torre, e hizo venir a su hijo, al que dijo estas palabras: «Pedro, amigo mío, sé amable y cortés; aleja de ti todo orgullo; sé humilde y servicial con todos; sé leal en palabras y obras; sé caritativo con las pobres viudas y los huérfanos, y Dios te lo galardonará.» Después, la buena mujer sacó de su manga una bolsita, en la que sólo había seis escudos en oro y uno en moneda suelta, y la entregó a su hijo.»

El caballero sin miedo y sin tacha marchó con seis escudos de oro en una bolsita, para llegar a ser el más valiente y el más famoso de los capitanes. Enrique, que quizá no tiene seis escudos de oro, tendrá otros combates que dar; será necesario que luche con la desgracia, adversario difícil de vencer. ¡Gloria a las madres que tan tiernas y tan buenas lecciones dan a sus hijos! ¡Bendita seas, pues, madre mía, a quien yo debo lo que puedo haber honrado y disciplinado mi vida!

Perdónenseme estos recuerdos; pero tal vez la tiranía de mi memoria, haciendo entrar lo pasado en lo presente, quita a éste una parte de lo que tiene de miserable.

Los tres comisarios enviados a Carlos X eran los señores de Schonen, Odilon Barrot y el mariscal Maison. No habiéndoles dejado pasar los puestos militares, volvieron a tomar el camino de París. Una oleada popular los condujo a Rambouillet.

EL PUEBLO SE DIRIGE A RAMBOUILLET. — FUGA DEL REY. — REFLEXIONES. — PALACIO REAL. — CONVERSACIONES. — ÚLTIMA TENTACIÓN POLÍTICA. — EL SEÑOR DE SAINT-AULAIRE. — ÚLTIMO SUSPIRO DEL PARTIDO REPUBLICANO.

En la tarde del 2 se extendió en París la noticia de que Carlos X se negaba a dejar a Rambouillet hasta que hubiera sido reconocido su hijo. El 3 por la mañana se reunió un enorme gentío en los Campos Elíseos, gritando: «¡A Rambouillet! ¡A Rambouillet! ¡Que no escape un solo Borbón!» Algunos hombres ricos estaban mezclados a estos grupos; pero en el momento de la marcha dejaron partir a la *canalla*, a cuya cabeza se puso el general Pajol, quien tomó por su jefe de estado mayor al general Jacqueminot.

Los comisarios, que regresaban a París, habiendo encontrado a los exploradores de esta columna, volvieron atrás, y, a su llegada, fueron introducidos en Rambouillet. El monarca les preguntó entonces el número de los insurrectos, y, retirándose en seguida, hizo llamar a Maison, que le debía su fortuna y el bastón de mariscal: «Maison — le dijo —, dígame, por su honor, si es cierto lo que los comisarios me han contado.» El mariscal respondió: «No os han dicho más que la mitad de la verdad.»

El 3 de agosto aun había en Rambouillet tres mil quinientos hombres de infantería de la guardia, cuatro regimientos de caballería ligera, con veinte escuadrones y dos mil hombres. La casa militar y los guardias de corps de caballería y de infantería ascendían a mil trescientos hombres; total, ocho mil ochocientos hombres, siete baterías enganchadas y compuestas de cuarenta y dos piezas de cañón. A las diez de la noche el clarín tocó botasillas; todo el campo se puso en movimiento para Maintenón, y Carlos X y su familia marcharon en medio de la columna fúnebre que iluminaba apenas la velada luna.

¿Y ante quién se retiraba? Ante una multitud casi desarmada, que llegaba en ómnibus, en fiacres, en carruajes de Versailles y de Saint-Cloud. El general Pajol se consideró perdido cuando fué obligado a ponerse a la cabeza de esta multitud, que, después de todo, no ascendía a más de quince mil individuos con el refuerzo de los habitantes de Rouen, que se acababa de unir a ella. La mitad de esta gente se quedaba en medio del camino. Algunos jóvenes exaltados, valientes y generosos, que se habían mezclado a estas masas, se habrían sacrificado, pero el resto se hubiera dispersado seguramente. En los campos de Rambouillet hubieran tenido que sufrir a cuerpo descubierto el fuego de la tropa de línea y de la artillería, y, según todas las apariencias, el pueblo habría perdido la batalla. Entre la victoria de éste en París y la victoria del rey en Rambouillet, se habrían entablado negociaciones.

¡Qué! ¿entre tantos oficiales no hubo uno bastante resuelto para tomar el mando en nombre de Enrique V? Porque, después de todo, Carlos X y el Delfín no eran ya reyes.

¿No se quería combatir? Entonces, ¿por qué no se verificaba la retirada a Chartres? Allí se hubiera estado fuera de

los ataques del populacho de París, y aun mejor en Tours, apoyados por las provincias legitimistas. Si Carlos X hubiera permanecido en Francia, la mayor parte del ejército habría permanecido fiel. Los campamentos de Bolonia y de Luneville se habían levantado, y las tropas que los formaban volaban a su socorro. Mi sobrino, el conde Luis, marchaba con su regimiento, el 40 de cazadores, que no se desbandó hasta después de saber la retirada de Rambouillet. El señor de Chateaubriand se vió obligado a escoltar al rey sobre un borrico hasta el lugar de su embarque. Si Carlos X hubiera convocado a las dos Cámaras a una ciudad a cubierto de un golpe de mano, más de la mitad de sus individuos habría acudido a la convocatoria. Casimiro Perier, el general Sebastiani y otros ciento habían esperado las disposiciones del monarca, defendiéndose contra la escarapela tricolor. Temían los peligros de una revolución popular; pero, ¿qué digo?, el mismo lugarteniente general, llamado por el rey, y no viendo la batalla ganada, habría abandonado a sus partidarios, conformándose con las órdenes reales. El cuerpo diplomático, que no cumplió su deber, lo habría cumplido entonces, colocándose alrededor del monarca.

Quizá llegará un tiempo, cuando una sociedad nueva haya ocupado el lugar del orden social de hoy, en que la guerra parezca un monstruoso absurdo, y el principio mismo no sea comprendido; pero no hemos llegado aún a esos tiempos. En las querellas armadas hay filántropos que distinguen las especies y se horrorizan al solo nombre de *guerra civil*. «¡Compatriotas que se matan; hermanos, padres e hijos, los unos enfrente de los otros!» Todo esto es muy triste, sin duda; no obstante, muchas veces se regeneran los pueblos en medio de las discordias intestinas. Jamás ha perecido ninguno en una guerra civil, y, si desaparecieron muchos en las guerras extranjeras. Ved lo que era Italia en el tiempo de sus divisiones, y lo que es hoy. Es deplorable verse obligado a asolar la propiedad de un compatriota, ver ensangrentados sus hogares por éste; pero, francamente, ¿acaso es mucho más humano matar a una familia de alemanes, a la que no conocéis, que no ha tenido con vosotros ninguna disputa, a quien robáis, y a cuya mujer y a cuyas hijas deshonráis con tranquilidad de conciencia sólo porque *hacéis la guerra*?

La guerra civil, a pesar de sus calamidades, no tiene más que un peligro real; si las facciones recurren al extranjero, intentando aprovecharse de las divisiones de un pueblo, la conquista podría ser el resultado de tal posición. La Gran Bretaña, Iberia, Grecia constantinopolitana, la Polonia de nuestros días, ofrecen ejemplos que no se deben olvidar. Sin embargo, durante la Liga, los dos partidos llamaron en su auxilio a los españoles y a los ingleses, a los italianos y a los alemanes; pero, igualando las fuerzas, no alteraron el equilibrio que los franceses divididos guardaban entre sí.

Carlos X hizo mal empleando las bayonetas en apoyo de las ordenanzas; sus ministros no pueden justificarse de haber hecho correr, por obediencia o espontáneamente, la sangre del pueblo y del ejército, sin que ningún odio los dividiese, lo mismo que los terroristas teóricos reproducirían voluntariamente el sistema de terror cuando no hay ya terror. Pero el rey tuvo aún menos razón para no aceptar la guerra, cuando, después de haber cedido en todo, se le hundía. No tenía derecho, después de haber colocado la diadema en la frente de su hijo, para decir a este nuevo Joás: «Yo te hice subir al trono para arrastrarte al destierro, para que en el infortunio y en el destierro lleyes el peso de mis años, de mi proscripción y de mi corona.» No había necesidad de dar a Enrique V un cetro y al mismo tiempo quitarle Francia. Al hacerle rey, se le había condenado a morir en la tierra donde está mezclado el polvo de San Luis y de Enrique IV.

La retirada de la familia real me dejó completamente aislado. Desde entonces sólo pensé en lo que debía decir en la Cámara de los Pares. Era imposible escribir: si hubieran dado el ataque los enemigos de la corona; si Carlos X hubiera sido destronado a consecuencia de una conspiración, habría tomado la pluma; y si se respetaba la independencia del pensamiento, habría podido reunir alrededor de los despojos de la monarquía un partido inmenso. Pero el ataque venía de la corona; los ministros habían violado la Constitución, haciendo perjuicio al rey, y quitándome, por consiguiente, toda fuerza. ¿Qué podía decir en favor de las ordenanzas? ¿Cómo hubiera podido ensalzar la sinceridad, el candor



y la caballerosidad de la monarquía legítima? ¿Cómo sostener que era la mejor garantía de nuestros intereses, de nuestras leyes y de nuestra independencia? La monarquía, de la cual era yo antiguo campeón, me arrebató las armas y me dejaba indefenso delante de mis enemigos.

Me sorprendí, pues, cuando, encontrándome en tan mala situación, vi que me buscaba la nueva dinastía. Carlos X desdeñó mis servicios, y Felipe se esforzaba en que me uniera a él. Háblome primero el señor Arago en términos expresivos y de consideración, en nombre de la señora Adelaida, y luego me encontró un día en casa de la señora Recamier el conde Anatolio de Montesquiou, quien me dijo tendrían una satisfacción en verme en el palacio real la duquesa y el duque de Orleans. Se trabajaba entonces en la declaración por la cual se iba a nombrar soberano al que era sólo lugarteniente del reino. Acaso S. A. R. creería oportuno ver de debilitar mi oposición antes de que llegara a hacerla públicamente. Pudo creer también que la huida de los reyes me habría puesto en el caso de considerarme separado de su causa.

Las indicaciones del señor de Montesquiou me sorprendieron. Sin embargo, no las rechacé, porque, aunque no me prometía un éxito feliz de la entrevista, creí que podría exponer algunas verdades muy útiles. Me dirigí al palacio real con el gentilhomme de la futura reina. Entré por la puerta que da a la calle de Valois, y encontré en sus gabinetes a la duquesa de Orleans y a la señora Adelaida. Ya había tenido la honra de saludarlas en otra ocasión. Indicóme la duquesa que me sentase a su lado, exclamando en seguida:

«—¡Ah, señor de Chateaubriand; qué desgraciados somos! Quizá si se unieran podrían salvarse todavía los partidos. ¿Lo cree usted así?»

«—Señora — respondí —: nada es más fácil; Carlos X y el Delfín han abdicado: Enrique es, por lo tanto, el rey: el duque de Orleans es lugarteniente del reino: que sea, pues, regente durante la minoría, y todo habrá terminado.»

«—Pero, señor de Chateaubriand, el pueblo está muy agitado; la anarquía nos amenaza.»

«—Me atreveré, señora, a preguntaros cuál es la intención de monseñor el du-

que de Orleans. Si se la ofrecieran, ¿aceptaría la corona?»

Vacilaron las dos princesas; pero la duquesa contestó, después de un momento de silencio:

«—Piense, señor de Chateaubriand, en las desgracias que pueden sobrevenir. Para salvarnos de la República es necesario que se entiendan todas las personas honradas. En Roma, señor de Chateaubriand, y aun aquí, si no quiere salir de Francia, puede usted prestar grandes servicios.»

«—Ya sabéis, señora, mi afecto al joven rey y a su madre.»

«—¡Ah! bien se ha portado con usted, señor de Chateaubriand.»

«—V. A. R. no querrá, seguramente, que yo me ponga en contradicción con toda mi vida.»

«—¿No conoce usted a mi sobrina? ¡Es tan viva!... ¡Pobre Carolina!... Llamaré al duque de Orleans, que convencerá a usted mejor que yo.»

La princesa dió sus órdenes, y Luis Felipe llegó al cabo de medio cuarto de hora. Estaba mal vestido, y parecía hallarse muy cansado: me levanté, y se acercó diciéndome:

«—Ya le habrá dicho la duquesa lo desgraciados que somos.»

Y en seguida me hizo un idilio acerca de la felicidad que gozaba en el campo, y de la vida tranquila y adecuada a sus inclinaciones que pasaba en medio de sus hijos. Me aproveché de la pausa que hizo entre dos estrofas para tomar a mi vez, respetuosamente, la palabra, y repetirle casi lo mismo que había dicho a las princesas.

«—¡Ah! — exclamó —; eso es lo que deseo. Quedaría satisfecho con ser el tutor y el apoyo de ese niño. Creo, como usted, señor de Chateaubriand, que lo mejor que hay que hacer es, indudablemente, ir en busca del duque de Burdeos. Pero temo que los acontecimientos puedan más que nosotros.»

«—¿Más que nosotros, señor? ¿No estáis investido de todos los poderes? Reunámonos con Enrique V: convocad a vuestro lado y fuera de París las Cámaras y el ejército. Después que se sepa vuestra marcha cesará esta efervescencia, y todos buscarán seguridad en vuestro gobierno ilustrado y protector.»

Mientras decía esto, observaba a Felipe. Mi consejo no le sentaba bien: leía escrito en su frente el deseo que tenía de ser rey.

«—Señor de Chateaubriand — me dijo sin mirarme —, la cosa es más difícil de lo que le parece: eso que propone usted no es tan fácil. No sabe en qué peligros nos encontramos. Es muy probable que caiga una turba furiosa sobre las Cámaras, y no contamos con nada para defendernos.»

Esta frase, que se escapó al duque de Orleans, me proporcionó el placer de replicarle en seguida:

«—Concibo bien, monseñor, que la situación es angustiosa; pero hay un medio seguro de salir de ella. Si consideráis que es arriesgado ir a reuniros con Enrique V, como antes propuse, todavía queda expedito otro camino. Las sesiones van a abrirse: sean las que quieran las proposiciones que presenten los diputados, declarad, desde luego, que la Cámara actual no tiene los poderes necesarios (como así es en realidad) para resolver sobre la forma de gobierno que se ha de dar a la nación; añadid que es preciso consultar a Francia y elegir un nuevo Congreso con poderes especiales para decidir cuestión tan importante. De esta manera se colocará V. A. R. en una posición muy popular; el partido republicano, que os amenaza hoy, os elevará a las nubes. En los dos meses que transcurrirán hasta que se abiera la nueva legislatura organizaríais la milicia nacional, y vuestros amigos y los del monarca secundarían vuestros esfuerzos en las provincias. Dejad que vengan los diputados y que aboguen en la tribuna por la causa que defendo. Después de pasar la ocasión que pudo producir la anarquía, no tendréis ya que temer la violencia de los republicanos. No creo que os sea difícil captaros la amistad del general La Fayette y del señor de Laffitte. ¡Qué posición para vos, señor! Podéis reinar durante quince años con el nombre de vuestro pupilo, pasados los cuales habrá llegado para todos la edad en que se necesita descanso; tendríais la gloria, única en los anales históricos, de haber conservado para el heredero legítimo el trono a que os es fácil subir, y, al mismo tiempo, podríais educar este niño con las luces del siglo y hacerlo digno de reinar en Francia; una de vuestras hijas compartiría con él el tálamo real.»

Mientras yo hablaba, Felipe miraba vagamente hacia uno y otro lado.

«—Perdóneme, señor de Chateaubriand, pues para hablarle dejé una comisión que me espera. La duquesa le ha-

brá dicho que me consideraría feliz si pudiera realizar lo que usted desea; pero créame: nadie más que yo puede contener las turbas amenazadoras. A mis esfuerzos tan sólo, debe su existencia el partido realista.»

Al oír esta manifestación tan inesperada y tan distante del objeto de nuestra entrevista, le contesté:

«—Yo, señor, he visto muchos asesinos: los que han pasado por las revoluciones están aguerridos: los que tienen los bigotes grises no se asustan por los hechos que horrorizan a los reclutas.»

S. A. R. se retiró, y yo fui en busca de mis amigos.

«—Y bien, ¿qué hay? — me preguntaron.

»—Quiere ser rey.

»—¿Y la duquesa de Orleans?»

»—Quiere ser reina.

»—¿Se lo han dicho a usted?»

«—El primero me ha hablado en poesía pastoril, y la segunda de los peligros que amenazan a Francia y de la viveza de su pobre Carolina; los dos han intentado convencerme de que podría serles útil, y ninguno de ellos me ha mirado de frente.»

La duquesa de Orleans quiso verme otra vez; pero el duque no asistió a esta nueva entrevista. La señora Adelaida se encontró allí como en la primera. La duquesa se explicó con más claridad sobre los honores con que se proponía honrarle el duque de Orleans. Tuvo la bondad de recordarme lo que llamaba mi influencia en la opinión pública, mis sacrificios y la aversión que, a pesar de ellos, me había manifestado siempre Carlos X y su familia. Añadió que si quería volver al ministerio de Estado, S. A. R. tendría un placer en restituirme esta cartera; pero que si prefería volver a Roma, ella (la duquesa de Orleans) lo celebraría por bien de nuestra santa religión.

«—Señora — repliqué con viveza —: veo que el duque de Orleans ha tomado su partido; que ha calculado sus consecuencias, y que ha visto los años de miseria y de peligros de toda clase que tendrá que atravesar: no tengo, pues, nada que decir. No he venido aquí para faltar al respeto a la sangre de los Borbones; y, además, estoy sumamente reconocido a vuestras bondades. Dejando aparte las grandes objeciones y las razones que se puedan emitir sobre los principios y los acontecimientos, ruego a V. A. R. se digna escuchar algunas palabras que a mí se



refieren. Me habéis hablado de lo que llamáis mi poder sobre la opinión. Pues bien; si esta influencia fuera cierta, no estaría fundada sino en la estimación pública, la cual perdería en el instante que cambiara de bandera. Creería el duque de Orleans haber adquirido conmigo un grande apoyo, y, en realidad, no tendría a sus órdenes más que un miserable hablador, un perjuro, de cuya voz nadie haría caso, un renegado a quien tendrían todos derecho de arrojar lodo y escupir a la cara. A las inciertas palabras que dirigiera en favor de Luis Felipe, me contestarían con los volúmenes que he publicado en defensa de la familia caída. ¿No soy yo, en efecto, señora, quien escribió el folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, los artículos sobre *la Llegada de Luis XVIII a Compiègne*, el *Informe en el consejo del rey en Gante*, la *Historia de la vida y muerte del duque de Berry*? No sé que haya en ellos una sola página donde no se encuentre el nombre de mis antiguos reyes y mis protestas de amor y fidelidad, circunstancias que denotan cierto cariño particular, tanto más notable, señora, cuanto que sabéis que yo no creo en los reyes. Sólo la idea de la deserción me avergüenza, y, si la hiciera, me arrojaría al Sena. Perdonad, señora, el calor de mis palabras: estoy reconocido a vuestros favores, que recordaré siempre; pero sé muy bien que no querréis deshonrarme: compadeceadme, señora; compadeceadme.»

Había permanecido en pie; saludé y me retiré. La señorita de Orleans no había contestado una palabra. Se levantó y, al marcharse, me dijo: «No le compadezco, señor de Chateaubriand; no le compadezco.» Aquellas palabras y el acento con que fueron pronunciadas, no dejaron de sorprenderme.

Esta fué mi última tentación política: siguiendo las ideas de San Hilario, debí creer que yo era uno de los hombres justos, pues dice que cuanto más santos son, más expuestos están a las tentaciones del diablo: *Victoria ei est magis, exacta de sanctis*. Es mayor su victoria cuando la consigue sobre los bienaventurados. Con mis negativas procedí neciamente; porque, ¿dónde estaba el público que pudiera apreciarlas? ¿No pude haber hecho lo que tantos otros hijos virtuosos de la tierra, que ante todo sirven a la patria? Por desgracia no soy hombre que me someto a las exigencias del presente, ni quiero tampoco capitular con la for-

tuna. Nada hay de común entre Cicerón y yo: sin embargo, su fragilidad no puede disculparse: todavía no ha perdonado la posteridad a este gran hombre su flaqueza en someterse a otro gran hombre. ¿Qué habría sido mi pobre vida si hubiera perdido por Luis Felipe de Orleans mi integridad, que era mi único bien?

La noche del mismo día que había tenido esta conversación en el palacio real, vi en casa de la señora Recamier al señor de Sainte-Aulaire. Aunque yo no le pregunté por sus secretos, él sí me preguntó por los míos. Acababa de llegar del campo, y tenía aún la cabeza caliente con los acontecimientos que había leído. «¡Ah! mucho me alegra encontrarle — exclamó —, me hace usted muy buena obra. Me prometo que en el Luxemburgo cumpliremos con nuestro deber. ¡Tendría que ver el que los pares dispusieran de la corona de Enrique V! Estoy seguro de que no me dejará usted solo en la tribuna.»

Como había tomado ya mi partido, estaba muy tranquilo, y mi respuesta pareció fría al ardor del señor de Sainte-Aulaire. Vió a sus amigos, y luego me dejó solo en la tribuna. ¡Vivan los hombres de imaginación, de corazón ligero y de frívola cabeza!

El partido republicano forcejeaba inútilmente a los pies de los amigos que le habían hecho traición. Se presentó el 6 de agosto en la Cámara de los Diputados una comisión de veinte individuos, designados por el comité central de los doce distritos de París, para entregar un mensaje, que el general Thiard y el señor Duris-Dufresne arrebataron a la benévola comisión. Estaba reducido a decir: «Que la nación no podía mirar como poder constitucional una Cámara electiva nombrada durante y bajo la influencia de la monarquía destruída, ni una Cámara aristocrática, cuya institución es contraria a los principios que han precisado a la nación a tomar las armas; que el comité central de los doce distritos sólo concedía a la Cámara un poder de hecho y provisional, para que, en vista de las circunstancias, pudiera dar algunas órdenes urgentes, y acordase por unanimidad la libre y popular elección de diputados que, realmente, representaran al pueblo, y que si se procedía de otro modo minaría la nación como nulo todo cuanto tendiera a menoscabarle sus derechos.»

Esto era muy justo; pero el lugarte-

niente general del reino deseaba el trono, y se apresuraron a dárselo el miedo y la codicia. Los plebeyos de entonces querían una revolución completa, y no supieron hacerla: los jacobinos, a quienes tomaron por modelo, hubieran hecho desaparecer a los hombres del palacio real y a los charlatanes de las dos Cámaras. La Fayette había venido a parar en tener ineficaces deseos: dichoso con haber resucitado la guardia nacional, se dejó engañar por Luis Felipe, de quien creía ser nodriza, y con tanta facilidad se quedó adormecido. El viejo general representaba la libertad dormida, así como la República de 1793 se representaba por la cabeza de un cadáver.

La verdad es que una Cámara incompleta y un mandato no tenían facultades para disponer de la corona. Fué una Convención reunida expresamente para ello, y una Cámara de los Comunes recién elegida, la que dispuso del trono de Jacobo II. Y es cierto también que este *encenagamiento* de los diputados, que éstos doscientos veintiuno, imbuídos por Carlos X en las tradiciones de la monarquía hereditaria, y que no tenían derechos propios para poder obrar en la electiva, precisaron primero a esta nueva monarquía a que permaneciese en la inacción, forzándola después a que retrocediera hacia los principios de casi-legitimidad. Los que forjaron la espada de esta dinastía dejaron en ella un pelo, que tarde o temprano la haría saltar.

7 DE AGOSTO. — SESIÓN EN LA CÁMARA DE LOS PARES. — MI DISCURSO. — SALGO DEL PALACIO DEL LUXEMBURGO PARA NO ENTRAR MÁS EN ÉL. — MIS DIMISIONES.

El 7 de agosto fué para mí un día memorable: en él tuve la dicha de concluir, como había empezado, mi carrera política, bien de que debe uno gozarse, porque es muy raro en estos tiempos. Se había llevado a la Cámara de los Pares la declaración de la de los Diputados concerniente a la vacante del trono. Yo me coloqué en mi asiento, que estaba entre los más altos, y enfrente de el presidente. Me pareció que los pares estaban abatidos y cansados. En la frente de algunos se leía el orgullo con que se disponían a ser desleales, y en la de otros notábase la vergüenza de los remordimientos, que ni aun para oír les dejaba valor. Al contemplar tan triste asamblea,

me decía a mí mismo: «¡Qué! ¿abandonarán a Carlos X en su desgracia los que recibieron sus beneficios en su prosperidad? ¿Le harán traición los mismos cuyo encargo especial era defender el trono hereditario, y que hace poco se honraban con la amistad íntima del monarca? Ellos, que velaban a su puerta en Saint-Cloud; que le abrazaron en Rambouillet, y a quienes dió la mano al despedirse, ¿se atreverán a levantar contra él las suyas, calientes todavía por el último apretón? ¿Se oirá el perjurio en esta Cámara donde por quince años han resonado reiteradas protestas de aprecio y lealtad? Ellos, no obstante, son los que han perdido a Carlos X; ellos son los que impulsaron la formación de las ordenanzas; ellos los que saltaban alegremente cuando se publicaron y cuando se creyeron vencedores en ese momento de profunda calma que precede al rayo.»

Profundo silencio siguió a mi subida a la tribuna: pareció que los ánimos estaban preocupados, y arrellanándose los pares en sus sillones, clavaron la vista en el suelo. Excepto algunos pares que estaban dispuestos a retirarse conmigo, ninguno se atrevió a dirigir los ojos a la tribuna. Conservo este discurso, porque resume mi vida y es el mejor título que poseo para la estimación de la posteridad.

«Señores: La cuestión que hoy ocupa a la Cámara no es tan difícil para mí como lo es para los pares que opinan de diferente modo que yo. En la declaración que se propone domina, a mi ver, un hecho, que subordina, o, mejor dicho, destruye todos los demás. Si estuviéramos en tiempos normales, examinaría detenidamente las reformas que se intentan hacer en la Carta, porque muchas de ellas han sido propuestas por mí. Mas debo manifestar que me ha sorprendido que la Cámara se haya ocupado de la medida reaccionaria concerniente a los pares creados por Carlos X. No se me podrá tachar de aficionado a que se hagan numerosos nombramientos de ellos, pues ya sabéis que lo he resistido cuando se ha intentado hacerlo: pero, ¿es justo constituirmos en jueces de nuestros colegas, y excluirlos siempre que nos plazca? ¿Se quiere destruir la dignidad de los pares? Destruyase en buen hora, porque es preferible perder la vida a tener que implorarla.

»Ante todo, debe resolverse la cues-